MINA SAN TELMO

Y EL GRAN EXPERIMENTO

UN HIPOTÉTICO CASO DE CIENCIA FICCIÓN

JAVIER MARTÍNEZ

edebé

MINA SAN TELMO

Y EL GRAN EXPERIMENTO

UN HIPOTÉTICO CASO DE CIENCIA FICCIÓN

JAVIER MARTÍNEZ

edebé

© Javier Martínez, 2013

© EDEBÉ, 2013
Paseo de San Juan Bosco, 62
08017 Barcelona
www.edebe.com

Diseño de cubierta: Els Altres
© Ilustración de cubierta: Joan Negrescolor

Primera edición, marzo 2013

ISBN 978-84-683-0869-2
Depósito Legal: B. 176-2013
Impreso en España
Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

A Marta.

ÍNDICE

1. Primer contacto 7
2. Una propuesta y más de una incógnita 13
3. Rajiv y la doctora 35
4. Los Planificadores 51
5. El profesor y la torre 89
6. El segundo día 111
7. Visiones del futuro 127
8. La emergencia 151
9. La Edad de Oro 169
10. Los diarios 211
11. Una flamante idea nueva 243
12. Los exploradores 267
13. La narración del ayudante 279
14. La Edad de Hierro 301
15. Los papeles perdidos 323
16. El cuento sin fin 343
17. Regreso 359
Mapa del tiempo de la ciencia ficción 365

CAPÍTULO UNO

PRIMER CONTACTO

Una tarde de verano, en el islote antillano de Las Estrellas, un muchacho de nueve años bajaba dando saltos la carretera que llevaba al puerto. Se llamaba Ignacio, y su padre acababa de darle, como cada semana, un recorte de papel con la lista de artículos que necesitaba para el trabajo: tornillos, alambre, tubos de riego… Ignacio se la entregaría a la tripulación del *Albatros*, el *ferry* que visitaba la isla todas las semanas, y ellos le darían una caja de cartón con los artículos de la lista que había traído la semana anterior. Si la caja era pesada, Ignacio la pondría en una carretilla y la llevaría así hasta el taller de su padre. Dentro de una semana, volvería con otra lista y la historia se repetiría.

—Hasta que tengamos ferretería en la isla —decía el padre.

Las Estrellas era un lugar lo bastante pequeño y seguro como para dejar al chico bajar solo al puerto. El padre hacía trabajillos de jardinería y mantenimiento en las viviendas que quedaban habitadas. A Ignacio, cuando terminaba las hojas de ejercicios y lecturas que le correspondían cada día, le gustaba echarle una mano.

Tras pasar la curva a mitad de camino, el chico vio abajo la silueta blanca del barco amarrado a puerto. Se detuvo. Algo era diferente aquella vez, pero no sabía qué. El transbordador, desde luego, era el mismo de siempre, aunque brillaba más al

sol. ¿Lo habrían limpiado? Al pie del barco, sobre la explanada del muelle, se había reunido más gente de lo habitual. Ignacio reanudó la marcha con paso más cauteloso.

Vio a varias personas sentadas tras una mesa alargada, cubierta con un mantel blanco. A ambos lados de la mesa, dos postes altos sujetaban una gran pancarta de tela. Tenía algo escrito que no alcanzaba a leer. Frente a la mesa había varias filas de sillas, y los vecinos de la isla habían tomado asiento y escuchaban con interés lo que decían los señores de la mesa. Ignacio no conocía a esos señores, a excepción de uno. Era aquel al que todos llamaban «Capitán», la persona más importante de la isla. Su padre decía que tenía trato directo con el gobernador de Florida.

Había sido la máxima autoridad en la isla desde los años de la base científica, cuando Ignacio todavía no había nacido. Antes de aquello, y salvo por alguna construcción en ruinas, la isla había estado prácticamente desierta. Pero después de que el Capitán y los militares construyeran la base llegaron a vivir en ella más de doscientas personas. Trajeron libros, máquinas y aparatos científicos, y pasaron años estudiando las rocas, las algas, el aire y las nubes, el fondo del mar y las corrientes oceánicas.

Su padre y otros muchos vinieron a construir viviendas para aquellos científicos y sus familias. Y cuando acabaron de construirlas, a la mayoría les gustó el lugar y se quedaron, trabajando en el mantenimiento de la base. Hasta que, un buen día, los científicos y los militares acabaron lo que habían estado haciendo y se marcharon. Tras ellos se fueron marchando los que hacían otros trabajos, como preparar las comidas o limpiar las instalaciones, y los que, como su padre, cuidaban los jardines y reparaban las viviendas. Ahora solo quedaban unos veinte o treinta, y a veces pasaban semanas enteras sin que na-

die acudiese a su padre para que les ayudara con algún trabajo. Cada cierto tiempo, alguien hacía las maletas y se embarcaba en el *ferry* para no volver.

Cuando Ignacio llegó a la explanada, vio sobre un trípode una máquina extraña. Le costó un rato comprender que era una cámara de televisión, con el logo de un canal nacional. Una periodista con micrófono esperaba frente a ella, mientras al fondo, en el centro de la mesa, pronunciaba un discurso un hombre muy grande vestido de blanco, con una barba crecida y ondulante también completamente blanca. Ignacio llegó hasta pocos pasos de él, y pudo ver, sobre el pelo largo y suelto que cubría sus hombros, una trenza fina cayéndole por delante de una oreja desde la parte más alta de la cabeza hasta la altura del pecho.

También pudo leer lo que decía la gran pancarta:

Parque Experimental «Las Estrellas»
Un proyecto de la COMISIÓN MARCIANA

Algo en esas palabras escapaba a la comprensión de Ignacio. Prestó oídos a las palabras del hombre de la barba, pero al poco se dio por vencido. No entendía nada. En cambio, algo llamó su atención a un lado de las sillas donde se sentaba el público. Era una mesa ancha y redonda, sobre la que había unas rocas de color rojizo —el mismo color que las rocas de la isla— y sobre aquellas rocas, unas esferas huecas partidas por la base, como grandes peceras boca abajo, hechas de un entramado de varillas de metal. Se acercó, y comprendió por qué las rocas sobre la mesa eran del mismo color que el paisaje a su alrededor. Eran una copia en miniatura del islote. Lo reconoció casi de inmediato, porque en el centro habían colocado una réplica casi perfecta del antiguo edificio de piedra al que los

isleños llamaban «Fuerte». Su padre le había contado que allí era donde los científicos habían tenido sus laboratorios y oficinas, años atrás. En la maqueta, el Fuerte había sido cubierto por una de esas esferas de armazón metálico. No era la única construcción del poblado que se encontraba así. Había grupos de viviendas, y hasta calles enteras, envueltos en esferas más pequeñas.

Reconoció el puerto en miniatura, y la carretera por la que había bajado. ¿Y su casa, estaría también en la maqueta? Siguió la línea de la carretera hasta lo alto y… ¡efectivamente, allí estaba! La casa blanca en la que vivían él y su padre. No era una copia perfecta. Faltaba, entre otras cosas, la gran palmera del patio trasero. Pero tenía que ser su casa, por su emplazamiento sobre los acantilados y porque la puerta y las ventanas eran del mismo color verde.

Se olvidó del recado para su padre y se distrajo un rato largo descubriendo y comparando cada rincón de aquella maqueta con la isla de verdad, que tan bien conocía. Ese había sido su mundo desde que tenía memoria. Ahora lo veía por primera vez como si fuera una gaviota que volara a gran altura.

Cuando los señores de la mesa terminaron de hablar, y los asistentes se pusieron en pie, y unos camareros con bandejas empezaron a caminar entre los corrillos repartiendo canapés y copas de vino, Ignacio seguía absorto en la maqueta. Esas cúpulas de plástico, que si llegaban a construirse de verdad serían gigantescas, le recordaban a algo que había visto alguna vez en fotografías o por televisión.

Notó una presencia a su lado y, cuando se volvió, encontró al hombre de la barba blanca, el que había estado hablando desde la mesa durante el acto, observándole. Ahora que lo tenía tan cerca le parecía casi un gigante. Se había llevado la mano a un lado de su cabeza y daba vueltas en su dedo índice

a la fina y blanca trenza que sobresalía de su melena. Parecía un pasatiempo agradable, pensó Ignacio; esa debía de ser la utilidad principal de aquella trenza. El hombre se inclinó hacia él, sonriente.

—¿Qué te parece, muchacho?

Ignacio intentó recordar dónde había visto antes esa clase de cúpulas. Vio otra vez, tras el rostro del hombre, el cartel con las palabras «Parque» y «Comisión Marciana», y luego volvió a fijarse en las cúpulas. Entonces se acordó.

—¿Sois de Disneylandia? —dijo.

Con el hombre de la barba había un corrillo de asistentes que conversaban y bebían junto a la maqueta. En cuanto Ignacio dijo aquello, todos se quedaron mudos y se miraron incrédulos. Entonces el hombre de la barba echó su enorme pecho hacia atrás y estalló en una sonora carcajada, la más fuerte que Ignacio había oído nunca. Los demás rieron con él.

Ignacio frunció el ceño.

—¿Has estado alguna vez en Disneylandia? —dijo el hombre cuando acabó de reír.

Ignacio negó con la cabeza. Solo había visto fotos, pero era lo que esas cúpulas transparentes le recordaban.

—Allí todo es de mentira, de plástico —aclaró el hombre—. En cambio, nosotros… ¿Es que nunca has oído hablar de la Comisión? —Entonces pareció caer en la cuenta de algo—. Eres de aquí, ¿verdad?

Ignacio asintió, sin dejar de fruncir el entrecejo.

—No sabes la suerte que tienes —siguió el hombre—. Hace años que no ocurre nada interesante en esta islucha, ¿a que no? Pues eso se acabó. Desde ahora, nosotros nos hacemos cargo.

Se estiró y contempló la línea que formaba el relieve del islote sobre el horizonte. Detuvo la mirada en la mole del Fuerte, y levantó las dos manos como para abarcar un cuadro en su

imaginación. El *flash* de una cámara de fotos hizo que Ignacio y él se dieran la vuelta. Él hizo un gesto para que el reportero repitiese la foto, y acarició el pelo negro y acaracolado de Ignacio mientras el fotógrafo la hacía.

—Ya verás qué bien lo pasamos —dijo el hombre a Ignacio—. Hay un montón de cosas por hacer, y vamos a crear muchos puestos de trabajo. Será como vivir en Disneylandia, pero mucho mejor.

Ahora todos los que estaban alrededor de la maqueta miraban a la curiosa pareja formada por el pequeño Ignacio y el gran hombre de la barba. Este, dándose cuenta de la atención que les prestaban, hinchó el pecho y alzó la barbilla de nuevo hacia el poblado.

—Haremos de esta isla un lugar del que hablará todo el mundo.

CAPÍTULO DOS

UNA PROPUESTA Y MÁS DE UNA INCÓGNITA

Mina San Telmo empujó la puerta giratoria de acceso a un edificio alto y deslucido del centro de la ciudad, en el que estaban las oficinas de una conocida editorial, y caminó hacia los ascensores a través de un vestíbulo frío y resonante, entre hombres trajeados y mujeres con zapatos de tacón. Provocaba una impresión extraña, en aquel ambiente de negocios, con su mochila de colegiala a la espalda, su tamaño menudo —más incluso de lo que correspondía a su edad—, el abrigo oscuro, los grandes círculos negros de sus gafas, y un largo flequillo que enmarcaba, junto al pelo moreno y más bien corto que le caía a los lados, una cara redonda.

El portero le llamó el ascensor y la saludó amigablemente antes de abrirle la puerta, recibimiento que ella agradeció cambiando el gesto adusto con el que había entrado en el vestíbulo por una sonrisa de cortesía.

Mina San Telmo era un caso especial entre los autores que de vez en cuando aparecían por la editorial con un manuscrito arrugado bajo el brazo. Con solo doce años, se había hecho un hueco en la lista de autores más vendidos de novelas policíacas. Todo empezó con la que se tituló *La horrible muerte de Jeremías Blunt*, y siguió poco después con *La horrible segun-*

da muerte de Jeremías Blunt, aunque a muchos su nombre les sonará más por su participación en los casos descritos en dos libros: *El museo maldito*, que se publicó a raíz de un robo de obras de arte en Londres, y *La cripta de celuloide*, en torno a la desaparición de unas viejas películas del archivo de un cine en Barcelona.

Mina salió del ascensor y rodeó a un grupo de trabajadores que se proponían subir por las escaleras un pesado escritorio envuelto en cartón de embalaje. La recepcionista de la planta avisó por el intercomunicador a su editor y la hizo pasar. Cuando Mina entró en la oficina, el señor Ling estaba bajando unas escaleras de metal apoyadas en una estantería con libros que llegaba hasta el techo. Por el suelo había cajas de plástico llenas de libros que habían sido sacados de los estantes.

—¡Hola, Mina! ¡Siéntate! —dijo el editor, exultante, mientras llegaba al suelo y se apresuraba a colocar los libros que había cogido en una caja, junto al escritorio. No era su escritorio de siempre, de caoba tallada, sino uno más sencillo, de Ikea. Tenía unos pocos libros y revistas encima.

Cuando Mina se sentó, la recepcionista dio dos golpecitos a la puerta y entró. Llevaba una bandeja con dos vasos y agua mineral en una botella de cristal oscuro de una forma tan rara que parecía un frasco enorme de perfume.

—Le felicito —dijo Mina, cuando la recepcionista dejó el agua y salió.

—Gracias, gracias —dijo el señor Ling, sonriendo cándidamente mientras bordeaba el escritorio, y antes de llegar a su sillón, se detuvo en seco y se volvió a ella con cara de extrañeza—. ¿Por qué me felicitas?

—Por su ascenso —dijo ella.

—Sí, es verdad —y sonrió otra vez por un breve instante,

antes de ponerse de nuevo serio—. ¿Pero cómo lo sabes? Le he dicho a Emma que todavía no diga nada a nadie.

Emma era la recepcionista.

—No me ha dicho nada. Me lo he imaginado —Mina volvió la mirada hacia las cajas de plástico con libros.

—Eres una listilla incorregible, para la edad que tienes. —Ling se sentó. Intrigado, arqueó una ceja y apoyó los codos en el escritorio, uniendo las puntas de los dedos de ambas manos—. Me están trasladando los libros, de eso es fácil darse cuenta. ¿Pero cómo has averiguado lo del ascenso? Podían estar llevándome los libros a casa, por ejemplo. Te lo tiene que haber dicho Emma.

Mina iba a responder, pero él extendió hacia ella una mano para detenerla.

—No, no me lo digas. Ya sé —Ling sonrió, satisfecho de su deducción—. Si me estuviera llevando los libros a otro lugar, fuera de esta oficina, irían en cajas de cartón. No en esas cajas de plástico, que son del servicio de mantenimiento del edificio, ¿verdad?

Mina estiró hacia los lados las comisuras de los labios y asintió. El señor Ling, sin hacer caso de la botella de agua, cogió la piruleta envuelta en plástico que tenía sobre el escritorio —era habitual que hubiera siempre al menos una— y dio con ella varios golpecitos en el aire, en dirección a Mina.

—No se te escapa una —dijo—. Con razón escribes esas novelas. Pero sigo sin entender cómo has descubierto lo del ascenso. Porque el traslado…, en fin, podían simplemente haberme cambiado a otro departamento.

—Sí, no estaba segura del todo —admitió ella—. Pero era lo más probable. Ahora Emma, que antes era recepcionista para toda la planta, viene a traerle el agua. Es su secretaria. Antes no tenía secretaria. Y luego está el asunto de la ropa…

Mina apuntó con la barbilla al pecho del señor Ling. Él torció el cuello hacia abajo para mirarse. Bajo la chaqueta llevaba una camiseta negra con el logo de una antigua banda de *heavy metal*.

—¿Qué le pasa a mi ropa?

—En el trabajo, siempre lo he visto con camisa y corbata. Solo a alguien que va a ocupar un cargo más importante que antes se le ocurriría cambiarlas por una camiseta de cuando era bastante más joven.

—Oh.

—Y lo que me ha convencido del todo —Mina se reclinó en su asiento— ha sido descubrir que es a la planta de arriba a la que se traslada. Siempre dice que la planta de arriba es donde están todos los jefes.

—Pues… sí.

—Al salir del ascensor me he cruzado con varios trabajadores que subían su escritorio de caoba. Sé lo mucho que le gusta.

—Vaya.

—Y en la revista que tiene abierta sobre el escritorio ha marcado con rotulador los libros que han sido superventas de tema financiero, de autoayuda, de salud… Y al lado de la revista veo que tiene dos libros de dietas milagrosas de Zelda Miller —Mina los señaló con la mano—. Siempre me había dicho que esa clase de libros eran competencia de sus jefes en la planta de arriba, y que a usted solo le dejaban ocuparse de las novelas. Parece que ahora también están a su cargo los libros para adelgazar y esas cosas.

El señor Ling separó las manos en el aire y esgrimió una sonrisa astuta.

—Podría ser que estuviera siguiendo su dieta.

—No lo creo —dijo Mina, apuntando con la mirada a la piruleta que el señor Ling estaba a punto de llevarse a la boca.

Él detuvo el movimiento de su mano y contempló la piruleta.

—Está claro, je, je. Muy astuta. Nadie que esté siguiendo las dietas de la doctora Miller chupa golosinas.

Abrió una caja de madera, que en el pasado debió de contener puros habanos, y se la ofreció a Mina. Siempre lo hacía. Dentro había más piruletas. Mina declinó la invitación.

—Bien —Ling tosió un par de veces y puso cara de ir al negocio—. Ya te has divertido bastante. Ahora vamos a la sorpresa que tengo para ti.

Sacó una hoja de papel de una carpeta en el escritorio y se la pasó a Mina. Era una carta dirigida a ella. No era inusual que de vez en cuando le llegaran cartas a través de su editor. Normalmente eran de lectores de alguna de sus novelas, y solía responderlas ella misma. Pero esta no era una de esas.

Estimada Mina:

¡Enhorabuena! ¡Es para mí un inmenso placer, en nombre de la Comisión Marciana, extenderte una invitación para participar en la fase AVANCE del Programa de Investigación Espacial «Las Estrellas»!

Si esta noticia te ha hecho dar saltos de alegría, no es para menos. Has de saber que el proceso de selección de asistentes entre periodistas y escritores de renombre ha sido extraordinariamente arduo, y solo unos pocos han sido los afortunados. Nos encantaría contar con tu presencia.

Aunque habrás oído hablar de este apasionante proyecto en mi programa de televisión, te preguntarás qué es exactamente la fase AVANCE, y por qué has sido invitada sin haberlo solicitado. Para responder a esta y a otras preguntas, me he permitido adjuntar un pequeño librito. No dudes en llamar al

teléfono que aparece al pie de esta carta para resolver cualquier otra duda.

Esperando recibiros a ti y a tus acompañantes, te saluda calurosamente,

Lowell Constantine

Mina alzó la mirada.

—¿Qué es esto? —dijo, y se empujó las gafas sobre el puente de la nariz.

El señor Ling le respondió con un elevamiento de cejas mientras chupaba con deleite su golosina. Para estar segura, Mina miró de nuevo el encabezamiento. Sí, estaba dirigida a ella. Y en el margen superior llevaba el membrete rojo y naranja de la Comisión Marciana. Entonces volvió a leerla de principio a fin.

Era cierto que había oído hablar de ese proyecto. Lowell Constantine era un escritor de ciencia ficción que desde hacía unos años se había hecho famoso en televisión presentando un programa de divulgación científica llamado *Pregúntale a Lowell*. Además, había prestado su imagen a una marca de lubricante para coches, y a todas horas se le veía en distintos anuncios acreditando que con ese producto se ahorraba gasolina. Desde hacía un tiempo, un presentador más joven le había sustituido al frente del programa de ciencia. La gente se había estado preguntando el porqué de su retirada, hasta que un buen día Constantine concedió una entrevista en *El show de Lamonda* y explicó que ya no tenía tiempo de hacer televisión porque estaba dirigiendo un proyecto, apoyado por agencias de varios países, para avanzar, nada menos, que hacia el envío de misiones tripuladas a Marte.

El señor Ling extrajo de la carpeta un recorte de periódico y se lo pasó.

—Supongo que conoces a quien te escribe —dijo.

Mina observó la fotografía que acompañaba el artículo recortado. La familiar figura gigantesca y de pelo blanco de Lowell Constantine ocupaba la mayor parte, de pie frente a lo que parecía una reproducción en miniatura de unas montañas. Al fondo, un paisaje rocoso del mismo color que la maqueta. El famoso escritor ponía la mano sobre el pelo de un niño que estaba a su lado. La noticia informaba del próximo inicio de las obras de una estación científica. El periódico del que estaba sacada era de hacía casi dos años.

—No me extraña que te haya dejado con esa cara —dijo el señor Ling—. Yo mismo no lo entendía al principio. Pero he llamado y me han puesto con alguien de la oficina del mismo Lowell Constantine. Es… una especie de base para investigaciones científicas en esa isla de Las Estrellas.

—Me suena ese lugar. ¿No era…?

—Una base militar, sí —la interrumpió—. Y luego, un centro de investigación. Llevaba años cerrado.

—¿Y ahora han contratado a Lowell Constantine? ¿Para qué?

—No es que lo hayan contratado. Verás, es la mar de curioso. La Comisión Marciana, que dirige Constantine, recibe fondos para realizar estudios que puedan ser de utilidad para enviar a personas a Marte algún día.

Mina asintió.

—La Comisión —siguió Ling— comparte los resultados de esos estudios con las principales agencias espaciales del mundo, que los pueden usar para perfeccionar sus programas de viajes al espacio.

—¿Están pensando ir a Marte? —preguntó ella.

—Parece que hay planes, sí. La NASA ya envió pequeños robots a la superficie, y luego el *Curiosity*, y se han tomado

fotografías… Solo queda hacer llegar a personas de carne y hueso. Dicen que es de enorme importancia.

—Ajá. ¿Y qué tengo que ver yo con eso?

—No pretenden enviarte a Marte, claro —Ling soltó una risita—. Verás, el estudio del que la Comisión Marciana está encargado ahora tiene que ver con establecer una colonia de astronautas que vivan allí, aislados, durante un tiempo. Un tiempo largo.

—¿En Marte?

—No, todavía no. Antes hay que hacerlo en un sitio similar, de prueba. En esa isla. Échale un vistazo al librito que te han enviado. Ahí se explica todo. Resulta que, si alguna vez logran enviar astronautas a Marte, se tendrán que quedar allí durante varios años. Casi sin contacto con la Tierra. Y tendrán que organizarse ellos solos. Serán lo más parecido a unos náufragos abandonados en una isla desierta. Antes de enviarlos hay que tener una idea clara de cómo se van a organizar y repartir el trabajo, cómo tomarán las decisiones importantes… Ahí entra este estudio. Tendrán a varias decenas de astronautas viviendo en la isla durante tres años a ver cómo se las apañan ellos solos. Las conclusiones que saquen servirán para planificar mejor las misiones de personas a Marte, cuando se hagan de verdad.

Mina asintió.

—Además —siguió Ling—, han construido réplicas exactas de las máquinas y los habitáculos que habría en un asentamiento en Marte, así que la isla también servirá de parque de entrenamiento para los que vayan a hacer esas misiones.

—Todavía no entiendo qué tengo yo que ver.

—Es que no he llegado todavía. La base estará preparada para empezar con los astronautas dentro de unos meses. Pero antes han querido invitar a unos… elegidos, entre periodistas

y escritores, para una estancia de unos pocos días. Tú entre ellos. ¿Lo ves ahora?

—¿Por qué? ¿Piden algo a cambio?

—Sí, pero te parecerá una tontería. Quieren publicar un libro con fotografías y anécdotas que cuenten los invitados, y los que viven en la isla. Y creo que harán un programa especial de televisión.

—Qué idea más rara —Mina negó con la cabeza.

El señor Ling se encogió de hombros y volvió hacia arriba la palma de una mano.

—Lo parece. Pero piensa: ¿qué es lo que los programas de exploración del espacio necesitan más que nada?

—¿Dinero? —supuso Mina.

—¿Y de quién puede venir ese dinero?

—¿Del gobierno?

—Principalmente. Y de compañías privadas, pero imagino que dependerán sobre todo del dinero público. Por eso tienen que procurar que la gente de a pie sienta interés, o no verá con buenos ojos que el gobierno gaste dinero en esas cosas. Así que cualquier paso que den tiene que ir acompañado de tanta publicidad como sea posible. De todas formas, estarás de acuerdo en que es como un regalo caído del cielo.

—Nunca mejor dicho —dijo ella—. ¿Y por qué a mí?

—Me lo han explicado —dijo Ling—. La Comisión Marciana fue creada por un grupo de escritores de ciencia ficción. Con varios de ellos, Lowell Constantine ha creado un «consejo de expertos», que son los que van a estar al frente de esas visitas a la isla. Y cada uno de ellos ha elegido a los escritores o periodistas que le parecía más interesante invitar.

—Entonces… uno de ellos me tiene que haber elegido a mí.

—Sí. Tienes un admirador entre todos esos frikis, je, je —Ling

cogió una hojita de papel y leyó—. Se llama… Wispy Arbuckle —levantó la vista—. ¿Te suena?

Ella negó con la cabeza.

—A mí tampoco —Ling le pasó la hojita—. Será que nunca leo ciencia ficción. Pero eso no es todo. Lo más extraño es la otra persona a la que ese experto ha invitado.

—¿Quién?

El señor Ling levantó en el aire uno de los libros de dietas de adelgazamiento. Mina abrió los ojos de par en par.

—No. ¿La dietista?

Ling asintió con entusiasmo.

—La doctora Zelda Miller.

* * *

Aquello era como para hacerse muchas preguntas, y Mina no dejó de darle vueltas durante el trayecto a casa, en el viejo coche que conducía la tía Ágata. Le preguntó si había oído hablar alguna vez de un tal Wispy Arbuckle.

Ágata se quedó pensativa.

—No. ¿Es un actor?

La tía Ágata era actriz. No una actriz famosa, ni mucho menos, sino alguien que trabajaba una vez al año, y eso solo si resultaba un buen año. Había hecho algunos anuncios y varios papeles pequeños en películas de gánsteres. Su mayor hazaña hasta la fecha había sido un papel de superhéroe en *Los Invencibles*. Mina había estado en el rodaje. Cuando la película se estrenó, Mina oyó decir a algunos que Ágata era demasiado larguirucha y que sonreía demasiado a cámara para ser creíble en ese papel. Críticas aparte, había sido el mayor logro de su carrera, aunque no dijera más que unas pocas frases en toda la película.

La tía Ágata detuvo el coche frente a la casa de Mina. Ca-

minaron juntas por el sendero que conducía a la puerta, entre dos hileras de hierba sin cortar, y entraron. La madre de Mina acababa de hablar por teléfono con el señor Ling, así que no hicieron falta demasiadas explicaciones.

—No, no me suena —dijo Laura, su madre, cuando Mina le preguntó si había oído hablar alguna vez de Wispy Arbuckle—. Pero el otro sí, Lowell Constantine.

—Eso ya me lo imaginaba —dijo Mina.

Laura reclinó en el sofá su rollizo cuerpo y puso los pies sobre la mesita, de donde cogió un periódico ya leído para abanicarse. Aunque todavía no era primavera, el sol había estado calentando la sala toda la tarde.

—Y a Zelda, claro. Ha sido ella la que me ha llamado y me ha dicho que hablara con tu editor.

Mina se sentó en un sillón frente a su madre. Mientras tanto, la tía Ágata se puso a regar las macetas que decoraban el lado del salón que daba a la cristalera. Era algo que hacía a menudo cuando venía de visita a aquella casa. Su cuñada las dejaba morir de sed.

La implicación de Zelda Miller en todo esto, pensó Mina, era una coincidencia más que extraña. No era solo que Mina conocía de vista a los Miller. Su madre, sin ir más lejos, había tratado muy de cerca a la doctora. Hacía un año, la empresa de eventos y relaciones públicas en la que trabajaba Laura había colaborado con la doctora en la organización de su famoso Campamento de Verano con Zelda Miller, dirigido a niños con riesgo de obesidad. Laura había estado de visita en el campamento varios días, y había vuelto encantada de la organización y el cuidado que la doctora ponía en cada detalle.

—No es que la idea me vuelva loca —dijo Laura—, y tendré que hablarlo con tu padre. Pero si es con Zelda con quien vas, puedo quedarme tranquila.

—¿No estás poniéndola en un compromiso? —protestó Mina. No le gustaba especialmente aquella mujer.

—Qué va. Me ha dicho que va a ir con su hijo. Estarán encantados de que los acompañes.

—Aún no he decidido si quiero ir.

La tía Ágata terminó de regar y se despidió, no sin antes recomendar a Mina que no dejara pasar esa oportunidad.

—Una vez me llevaron a ver un experimento científico —explicó—. Era con un chimpancé. Yo tenía que dar al chimpancé los objetos que él me pedía con gestos: un balón, un sombrero, una caja… Si me equivocaba de objeto, el señor con bata que lo organizaba nos hacía volver a empezar. La verdad es que no entendí bien qué pretendían demostrar con el experimento, pero el de la bata lo grabó todo, me hizo rellenar un formulario y me dio las gracias antes de hacer pasar al siguiente.

La familia de Mina estaba llena de excéntricos como su tía, algunos de ellos geniales. Tanto, que el éxito temprano de Mina ni siquiera llamaba demasiado la atención. Tenía un bisabuelo que había escrito sobre física de partículas en su juventud, y una abuela que había trabajado para los servicios secretos descifrando códigos. Y entre sus tíos estaba el compositor de una de las canciones de más éxito de los últimos años, y otro que había creado un negocio millonario en Internet, por nombrar solo a los más llamativos. En todos los casos, tras el fulgurante golpe de genio de juventud, cada uno de ellos había sido incapaz de repetirlo y había acabado llevando una vida corriente, lo que no impedía que todos se siguieran considerando mentes brillantes en sus respectivos campos.

Los padres de Mina eran casi los únicos que cabía calificar de personas relativamente normales con trabajos relativamente normales.

Mientras Laura acompañaba a la puerta a la tía Ágata, Mina cogió de la mesa frente al sofá una postal que les había enviado su padre. Trabajaba en una empresa que hacía materiales sintéticos y aquellos días estaba de viaje. La postal era del Golden Gate de San Francisco. Le dio la vuelta. Decía que todo iba estupendamente por allí, aunque el trabajo avanzaba más lento de lo que había previsto, así que todavía no podía decir cuándo volvería a casa. En una posdata sugería a Laura que dejara a Mina y a su hermano con la tía Ágata y se fuera a pasar unos días con él en San Francisco.

Así que esa era la razón oculta por la que había encontrado a su madre tan dispuesta a dejarla ir a aquella isla.

Subió a su cuarto, se sentó a un lado de la cama y abrió el sobre que le había entregado el señor Ling. Dentro estaban la carta de Lowell Constantine, que ya había leído, y un cuadernillo de páginas brillantes con imágenes en color: la *Guía del visitante*. Comenzó a leer.

> 1. ¿Qué es la Comisión Marciana?
>
> La Comisión Marciana es una organización internacional dedicada a la investigación, la divulgación y el activismo en apoyo al envío de misiones tripuladas a Marte.
>
> La Comisión se financia ofreciendo sus servicios a las principales agencias espaciales, así como a corporaciones e inversores privados.
>
> Nuestros objetivos son: 1) Contribuir a la investigación necesaria para el desarrollo de un programa internacional de misiones tripuladas a Marte con suficientes garantías de éxito y a un coste asumible. 2) La comunicación entre los equipos científicos y técnicos de los distintos países para promover la co-

operación a escala planetaria en el proyecto. 3) El activismo en apoyo a la inversión privada y de los gobiernos de las principales potencias en el proyecto. 4) Promover el interés del público.

La Comisión Marciana está dirigida por el prestigioso divulgador y autor de ciencia ficción Lowell Constantine, desde su sede en Santa Bárbara, California.

Mina puso los pies sobre la cama y se tendió cómodamente en ella. Como sabía que, de todas formas, acabaría leyendo el cuadernillo de principio a fin, y seguramente varias veces, lo cerró y lo abrió al azar por otro sitio.

4. ¿Por qué en «Las Estrellas»?

La isla de «Las Estrellas» presenta una orografía de gran parecido a cierta zona del Cañón de Hellas, en Marte, donde el primer asentamiento de una pequeña colonia humana sería especialmente factible y fructífero.

La similitud del paisaje rocoso, de un característico color rojo, facilitará que, una vez que hayan concluido las fases PILOTO y FINAL del programa, cuando la estación científica se abra al público como centro informativo, un *tour* de tres horas por las instalaciones y otras atracciones haga vivir a los visitantes la experiencia de pasear por la superficie de Marte. El público se llevará a casa un recuerdo perdurable, contribuyendo de este modo a la consecución del objetivo número 4 de la Comisión Marciana (véase Epígrafe 1. ¿Qué es la Comisión Marciana?).

Además, el islote se encuentra lo suficientemente alejado del continente y de cualquier otra isla como para que resulte relativamente fácil mantenerlo aislado, un requisito fundamental para llevar a cabo los experimentos de las fases PILOTO y FINAL del programa.

Las Estrellas albergó hasta hace siete años la Base Americana de Investigación Oceanográfica. La reutilización de las instalaciones de la base, adaptándolas a las nuevas necesidades, ha supuesto un ahorro de tiempo considerable.

Desde el cierre de la base original, apenas queda en la isla población permanente. La pequeña comunidad de residentes ha promovido y apoyado la construcción del parque y el desarrollo del programa. Su implicación ha sido un factor determinante en la elección de este emplazamiento.

Mina volvió a cerrar el cuaderno para abrirlo al azar por otro sitio. Al hacerlo, sin embargo, una hoja suelta de papel cayó en su regazo. Estaba escrita a mano.

A LA CHICA QUE RESUELVE
MISTERIOS POLICÍACOS
XXXX CONFIDENCIAL XXXX

Salud. Confío y de todo corazón deseo que hayas acogido nuestra invitación con agrado. He tenido una gran suerte, y cuando Lowell me dijo que le propusiera a dos personalidades, no tuve que darle muchas vueltas. Zelda Miller es una autora magní-

fica de libros de nutrición. Y en cuanto a ti, dejando a un lado los negocios de Lowell, digamos que... tengo puestas en ti todas mis esperanzas.

No solo yo te necesito. Este asunto también te concierne. Más de lo que imaginas. Suena misterioso, ¿verdad? En realidad, es como si ya hubieras venido.

Gracias por leer este mensaje. Y por aceptar. Empiezo a confiar en que lo harás. ¡Je! Soy un hombre con mucha suerte. ¿Lo harás, entonces?

Por favor, por favor, ven a la isla.

Paz y amistad,

Wispy Arbuckle, Mensajero estelar

Increíble. El mensaje debía de haber pasado desapercibido al señor Ling, que seguramente solo habría echado un vistazo a las primeras páginas del librito. ¿Por qué estaba marcado como «confidencial»? Parecía que su autor hubiese introducido el mensaje en el librito sin que lo supieran Lowell Constantine ni el resto de los miembros de ese «consejo de expertos». Aunque tampoco podía decirse que hubiera corrido un riesgo excesivo: el mensaje no decía apenas nada. Se limitaba a azuzar su curiosidad.

Había recibido, por tanto, una doble invitación. Una era la invitación «oficial» de Lowell Constantine, en representación de su organización, la Comisión Marciana. Y luego estaba la de Wispy Arbuckle, que parecía albergar una razón más urgente y secreta para llamarla a su lado.

¿Y quién era Wispy Arbuckle, para empezar? Ni al señor

Ling, ni a su madre, ni a la tía Ágata les había sonado el nombre. Bien pensado, no tenía nada de extraño. Si se trataba del típico escritor de ciencia ficción, lo conocería muy poca gente: los que compraban esa clase de libros.

Se acordó de su hermano mayor. Rob leía novelas fantásticas, y las que había ido acumulando a lo largo del tiempo estaban alineadas sobre un estante de su habitación. Una novela de fantasía no es lo mismo que una de ciencia ficción, pero al menos era un sitio por donde empezar.

Fue al cuarto de Rob. Esos días no estaba en casa. Aspiraba a entrar en un equipo local de fútbol la próxima temporada. Todos decían que no le faltaban méritos para conseguirlo. El campo donde entrenaba cada mañana le quedaba a poca distancia del apartamento de la tía Ágata en Playa Grande, y se estaba quedando allí.

Mina pasó frente al escritorio lleno de trofeos deportivos y cerró la puerta del armario semivacío mientras bordeaba la cama, que seguía deshecha días después de que se hubiera marchado. Se detuvo frente al estante con sus libros, que colgaba de la pared. No llegarían a la docena. Proyectó un mohín con los labios mientras paseaba el dedo índice por encima de los lomos y leía los títulos. No compartía los gustos de su hermano. Historias de brujos y enanos. Finalmente, se detuvo sobre los dos gruesos volúmenes que buscaba y los bajó del estante.

Se sentó en la cama a hojearlos. Eran antologías de relatos de varios autores. Algunos eran relatos fantásticos, pero otros muchos eran de ciencia ficción. Al menos eso cabía deducir de los títulos. Los abrió por las últimas páginas y escaneó con la mirada los índices. Entre uno y otro volumen, había unos cincuenta autores. El famoso Lowell Constantine, por ejemplo, tenía un relato en cada libro. Era lo que cabía esperar. Pero el nombre de Wispy Arbuckle no aparecía en ninguno.

* * *

—¿*Qué tendrá la princesa de Andrómeda*, has dicho? —preguntó el grueso dependiente sentado tras el mostrador.

Mina consultó los títulos que había escrito previamente en un papel.

—Sí —respondió—. Y también, *Apunten al planeta de la izquierda*. Los he encontrado en la red, los dos títulos. Creo que son los más famosos de ese autor.

Mina estaba en la librería de cómics del vecindario. Se había acordado de ella tras ver los libros de su hermano.

Antes de salir, había introducido el nombre de Wispy Arbuckle en un buscador de Internet. Había varias personas con ese mismo nombre, dispersas por medio mundo, pero solo una que se hubiera dedicado a escribir. No encontró mucha información. Había nacido en Hazel Green, estado de Wisconsin, hacía sesenta y dos años, y había vivido un poco en todos sitios. Había publicado relatos cortos en varias revistas, y solo se citaban dos títulos de novelas suyas, *Qué tendrá la princesa de Andrómeda* y *Apunten al planeta de la izquierda*. Mina los había anotado y había bajado a la calle.

Era una librería pequeña y oscura con un cartel de madera en la entrada que decía: CÓMICS Y LIBROS, NUEVOS Y USADOS. En el escaparate bajo el cartel se exhibían las últimas novedades, cubiertas por una fina capa de polvo. En el interior, la parte central estaba ocupada, desde la entrada hasta el mostrador, por una larga mesa cubierta de cómics. Ese debía de ser su principal negocio. Pero también había, en la pared de un lado, una zona de tamaño respetable reservada a novelas de fantasía y de ciencia ficción, la mayoría en ejemplares de segunda mano a precio de ocasión. Las portadas de cartulina blanda, ilustradas con el repertorio típico de naves espaciales,

magos y especies alienígenas, estaban manoseadas y amarillentas, gastadas por las esquinas.

El librero era un tipo de unos cuarenta años, despeinado y con patillas. La panza le estiraba la parte inferior de la camiseta, que llevaba algo sucia. Mina lo había encontrado encorvado sobre un avión en miniatura, colocando en él una pequeña pieza que sujetaba con pinzas, concentrado y mordiéndose los labios. Era un avión de guerra de aspecto futurista. Tras oír esos dos títulos dirigió las pupilas al techo, intentando hacer memoria contrayendo los músculos de su cara. Puso las pinzas a un lado y cerró el bote de cola, y los dos caminaron hasta los estantes donde estaban los libros del género. Mina ya había mirado ahí, antes de acercarse al mostrador. Los autores estaban ordenados por orden alfabético, y Arbuckle no estaba con los de la A. No obstante, por cortesía, no dijo nada al librero y le dejó hacer la comprobación por sí mismo.

—¿Wispy Arbuckle, has dicho? —preguntó él.

Mina asintió.

La tienda le había dado la impresión de no ser un lugar muy frecuentado, pero poco después de que ella entrara había llegado un joven larguirucho con melena negra y lacia.

—¿Wispy Arbuckle? —dijo este, visiblemente sorprendido.

El librero, tras inspeccionar los títulos, se volvió hacia Mina y negó con la cabeza. Mientras, el recién llegado se les había acercado.

—¿Tienes algo de Wispy Arbuckle? —preguntó.

—Creo que lo he tenido alguna vez —dijo el librero.

—No debiste venderlo —el joven se rio tontamente y se rascó un lado de la cabeza—. Nadie, absolutamente nadie en el universo conocido —gesticuló en el espacio frente a él con las manos—, puede encontrar hoy un libro de Wispy Arbuckle.

—No me digas —dijo el librero.

A Mina, la pareja que formaban el librero y el joven le cuadraba a la perfección en aquel ambiente. Casi esperaba que de un momento a otro empezaran una conversación sobre universos paralelos y realidades virtuales.

—¿Lo conoces? —preguntó Mina al joven.

—Cuando era un crío, coleccionaba unos cromos que se llamaban *Los viajes del mensajero estelar.* Eran *flipantes*. Venían en las cajas de cereales. Él escribía las descripciones que venían por detrás. Perdí esos cromos hace tiempo, y aunque luego he preguntado por ahí, no he dado con nadie que haya leído ninguno de sus libros. Nadie sabe. Algunos piensan que realmente no existe —abrió mucho los ojos—. O que desapareció en una arruga del espacio —dio un silbido y levantó las puntas de los dedos—. Él y todos los ejemplares de sus novelas.

—Vaya —murmuró el librero—. Si alguna vez vuelve a pasar por mis manos uno de esos, no voy a dejar que se me escape.

—¡Guau! —exclamó el joven, señalando el avión en miniatura—. ¿Lo has hecho tú?

—No ha sido trabajo fácil —dijo el librero.

El joven y el librero se acercaron al mostrador con los ojos brillándoles de la emoción.

—¿A que es precioso? —se enorgulleció el librero—. Un VF-12 última generación.

—¿Sabes lo que haría? Le haría pequeñas ralladuras en las letras del rótulo, y le pondría arcilla, con un pincel pequeño, en los recovecos, para que parezca suciedad. Quedará diez veces más realista que como lo tienes ahora.

—Nunca había probado eso.

Mientras hablaban de su maravilloso avión, Mina hizo un gesto de incredulidad y abandonó la tienda. Para reflexionar

con tranquilidad, se puso a dar vueltas a la manzana antes de regresar a casa. Cuanta más información recababa, más se agrandaba el misterio en torno a la personalidad de Wispy Arbuckle. Sobre todo, estaba la extraña coincidencia de que la otra persona a la que había invitado fuese la doctora Zelda Miller. Otro acompañante no hubiera producido el mismo efecto en su madre, pero a Zelda la conocía directamente, y eso hacía más fácil que la dejara ir.

¿Podía ese Wispy Arbuckle haber llegado a saber de antemano que existía una relación entre su madre y la doctora? ¿Cómo?